

CARAS OCULTAS

Vicente Camus

Febrero, 1990

"La llevó, sosteniéndola por la espalda desde debajo de sus brazos, así como estaba; herida y semiinconsciente. Con manos enguantadas, la arrastró unos diez metros para cruzar el patio central, desde las escalinatas del edificio de tres pisos hasta las bodegas. Le bastaba su poderoso brazo para contenerla, mientras con su otra mano abrió una puerta doble de metal que los puso dentro de un galpón. A unos pasos a la derecha una reja, la cual también abrió. Una vez traspasada, en seguida se ofrecían los fríos escalones que dirigían directo abajo, al subsuelo, donde se mantenían tinajas y otros recipientes de leche. Todo estaba demasiado oscuro. Sin ráfaga de luz mínima que penetrara ni rendija alguna, por pequeña que fuera. Pero el hombre sin titubear por esa causa, seguía avanzando. Conocía a perfección el entorno dónde se encontraba y hacia donde iba. La mujer recuperándose con lentitud, comenzó a llorar; aun en su estado de despabilamiento percibía el latente peligro, mientras era arrastrada por su agresor, tomada como un bulto desde su costado. Intentó gritar, pero su boca estaba bien cubierta por la mano enorme del victimario. Lloraba, esforzándose con todo su poder por salir de su aprisionamiento. El hombre detuvo su marcha, la levantó con brusquedad y la golpeó con una cachetada brutal que la dejó sentada en el suelo. Ella con sollozos pedía saber dónde estaba y por qué estaba allí, mientras se echaba hacía atrás en el piso procurando alejarse del hombre, arañando en su movimiento la tierra descubierta bajo ella.

Temblaba y tomaba su barriga al tiempo que imploraba piedad. Él, la amordazó y vendó. Luego sacó un cuchillo del bolsillo interno de su chaqueta y en dos pasos se puso frente a ella de pie, mirándola fijo, para después agacharse, quedando encucillado a su altura. Las gotas de sudor en él, por el esfuerzo hasta ahí realizado, parecían resbalar en una estatua. El atacante se asemejaba más a un ser inmaterial con cuerpo, que a un humano. Ella pudiera haber tenido el corazón saliendo a golpes por su blusa o su estómago tan trenzado como una soga, pero para él nada era relevante; nada lo descomponía. Cumplía su rol de forma metódica y eficaz. Sin dudar ni temblor alguno, cercenó su cuello, con un corte preciso. Rápidamente la sangre se vertió sobre el cuerpo de la mujer resbalando hasta el piso. El victimario tomó unos paños, que con clara intención de usarlos había dejado sobre un mesón. Los puso sobre el pequeño charco rojo que se había formado alrededor del cuerpo ya sin vida. Con otro, rodeó el cuello de ella para controlar el borboteo del fluido vital. Luego, sacó su pañuelo y, frente a su víctima, limpió su cuchillo. La miró desangrarse e irse.

Una vez consumado el hecho, dejó el arma asesina junto al cuerpo inerte de la mujer. Se levantó, se dio la vuelta y recorrió con pasos seguros y pesados, lentamente el camino de retorno de vuelta hasta la escalera. Subió sin apuro los escalones de crujiente madera hasta llegar al primer piso. Cerró la reja tras de sí, lo mismo el portón posterior y se fue. La noche siguió su curso, el resto del mundo giró normal."



Ese fue parte del borrador del primer informe periodístico que hice describiendo, de acuerdo a lo que sabíamos entonces, la muerte de una mujer de no más de treinta años, no identificada, en una sangrienta noche de septiembre de 1973.

Hoy, a diecisiete años del suceso y a un año del descubrimiento del cadáver, al fin se sabe de quién se trataba la víctima, quién fue su asesino y el por qué o con qué motivos siniestros lo hizo. Más de década y media había transcurrido para que la verdad saliera a la luz, algo que parecía estar destinado a suceder con respecto a muchos casos más, dado el revulsivo período del Chile desde 1989 hacia el futuro.

Culminar con aquel informe hasta hacerlo uno en justicia verídico, me significó una participación insospechada en hechos que con el tiempo develaron toda una cruda y oscura realidad, oculta por años y que, a muchos nos dejó marcas de experiencias tristes y dolorosas.

Mi labor consistió tanto en recoger y organizar lo que otros investigaron, como en descubrir por mí misma, elementos importantes, apoyada por personal policial, que permitieron armar el puzle; el cuadro completo de una historia desconocida, impensada y potente.

Otros fueron los que iniciaron, a sabiendas o no, los hallazgos fundamentales y necesarios para revelar lo que ocurrió. Específicamente dos personas que, aun siendo muy disímiles en edad, experiencias y vidas, desencadenaron con sus aportes la serie de sucesos que expondré y que culminaron

en un desenlace insospechado.

El primero de estas personas, un adolescente cursando el tercer año medio de un Liceo Industrial; joven curioso, inteligente y asertivo.

PARTE I

Un Año Atrás

El estudiante curioso

